

LA ESCUELA INFINITA

**APRENDER Y ENSEÑAR
EN ENTORNOS UBICUOS**

**DIOSVANY ORTEGA GONZÁLEZ
CELIO LUIS ACOSTA ÁLVAREZ
FERNANDO EUGENIO ORTEGA CABRERA**

Sobre la presente edición:

Toda la obra constituye un trabajo de investigación colectiva de los tres autores declarados, con la colaboración de Yosefint Díaz en algunos temas. Para facilitar la unidad y fluidez del estilo, la redacción final ha sido hecha por Diosvany Ortega, con la participación de Celio Luis Acosta en el capítulo 3 y en la redacción de las ideas claves de los capítulos.

Cita recomendada:

Ortega, D.; Acosta, C. L. y Ortega, F. (2023) La escuela infinita. Aprender y enseñar en entornos ubicuos. Editorial Pueblo y Educación.

<https://laescuelainfinita.aprendiendo.cu>

© [Diosvany Ortega González](#), [Celio Luis Acosta Álvarez](#)
y [Fernando Ortega Cabrera](#), 2023

© Editorial Pueblo y Educación, 2023

Edición: Claudia Ribalta Contreras

Corrección: María de los Ángeles Navarro y Martha Entralgo

Diseño de cubierta: Ernesto Castillo y Mariela Martín Mazola

Diseño de interiores: Mariela Martín Mazola y María Pacheco Gola

Emplane: María Pacheco Gola



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons (Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional): <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra sin costo económico, así como hacer obras derivadas bajo la condición de reconocer la autoría intelectual del trabajo en los términos especificados por los autores. No se puede utilizar esta obra para fines comerciales, y si se altera, transforma o crea una obra diferente a partir de la original, se deberá distribuir la resultante bajo una licencia equivalente a esta obra y darle crédito de manera adecuada. Para cualquier uso diferente al señalado anteriormente, se debe solicitar autorización por escrito al autor principal de esta obra.

ISBN 978-959-13-4297-3 (versión impresa)

ISBN 978-959-13-4462-5 (versión PDF)

ISBN 978-959-13-4590-5 (versión Epub)

EDITORIAL PUEBLO Y EDUCACIÓN

Ave. 3.ª A No. 4601 entre 46 y 60,

Playa, La Habana, Cuba. CP 11300.

epe@enet.cu

www.epe.gemined.cu



• PRÓLOGO •

Pocas veces el título de una obra expresa el propósito que la inspira con tan feliz acierto como el de *La escuela infinita. Aprender y enseñar en entornos ubicuos*. Todo lo que los autores ambicionan, instalados en el umbral de una civilización naciente, se anuncia con el adjetivo «infinita» dado a la escuela como la cualidad excepcional que le permitirá atender las necesidades de los seres humanos en la era de una revolución tecnológica que, al recrear la realidad, exige paralelamente una nueva autocomprensión del hombre, a fin de mantener el control de las herramientas inventadas por él, pero que por el grado de sofisticación alcanzado, podrían conquistar una autonomía peligrosa.

Se trata de asegurar la preeminencia de los fines humanos en una civilización altamente tecnificada, donde ya son visibles los efectos de la suplantación de lo valioso por la apariencia. Suplantación que invade todas las esferas de la vida: la moral, la estética, la política. La única preocupación es satisfacer los deseos de los instintos degradados por el hedonismo más elemental. Los problemas parecen reducirse a encontrar los medios eficaces para resolver necesidades estandarizadas por la mercadotecnia. El singular concreto, la persona, queda anulada por un universal abstracto: la sociedad de consumo; por tanto, la escuela demanda hoy una fundamentación antropológica desde la cual pueda cumplir su misión humanizadora. Esa escuela será absolutamente diferente de la escuela tradicional-moderna, hija de la Ilustración, que resultó incapaz de cumplir la promesa de hacer de la cultura un patrimonio de todos por igual y de favorecer la dinámica social en un juego democrático de oportunidades. Esa escuela repensada desde sus cimientos para integrar las tecnologías al proceso de enseñanza-aprendizaje, es el motivo de

una reflexión radical en *La escuela infinita. Aprender y enseñar en entornos ubicuos*. Reflexión radical, en cuanto parte de la crisis de la civilización, no la primera en lo relativo al cuestionamiento de las certezas en que descansa la existencia, pero sí la primera por la amplitud abarcadora de las incertidumbres, extendidas a la humanidad en su conjunto.

La unidad fáctica del mundo encierra la ambigüedad de un acontecimiento que puede prestarse al empleo creativo de la libertad, dando origen a la comunidad universal, o elevar a escala planetaria los ismos destructores. Los autores de *La escuela infinita...* se inclinaron decididamente por la primera opción, y para darle viabilidad acudieron al auxilio de la sabiduría, invitándonos a recuperarla del tesoro escondido en los mitos, así como lo hizo Platón con genio incomparable, develando sentidos ocultos a la luz clara del logos. Como sabemos, el logos emergió victorioso en la civilización occidental, hasta devenir en la razón cartesiana moderna, que escindió la realidad en idea y extensión, ocupándose únicamente de la segunda, es decir, de lo medible y cuantificable. El resultado lamentable ha sido la identificación de la ciencia con las técnicas de dominación. Aquello que no pasa la prueba de la verificación empírica, se descarta como irracional, perteneciente a la zona sospechosa de las puras emociones. La subjetividad, campo de riquísimas vivencias e intuiciones, es ignorada en nombre de una objetividad incapaz de aprehender lo real en su infinitud ontológica.

Los mitos nos devuelven intuiciones originarias acerca de verdades sustanciales; ellos nos alertan de los peligros que ponen en riesgo la esencia humana cuando se violan los principios que organizan el orden humano en la verdad y la justicia. Los autores destacan los males del conocimiento subordinado al egoísmo posesivo y también enfatizan el potencial del conocimiento para dignificar la morada del hombre en la tierra. Así, en el mito del «Génesis» nos explican: el conocimiento del bien y del mal libera a Adán de la pasividad inherente a la vida en el Edén y lo coloca en la historia, en la cual irá ascendiendo hasta ser como un dios: un «dios con prótesis», subrayan con poderosa imagen, que destaca el tránsito de un ser indigente, condicionado por la biología y el entorno físico, a un ser capaz de desplegar su esencia si utiliza correctamente la cultura tecnológica.

La perspectiva así presentada con tan acentuada convicción, da aliento a la esperanza por un futuro deseable al alcance de nuestras manos. En este punto coinciden con Herbert Marcuse, quien hace unas décadas vio el cumplimiento de la utopía: un mundo de abundancia gracias a la producción masiva de satisfactores, siempre y cuando el orden político-económico se reorganice sobre bases de igualdad y justicia. ¡Esa es la cuestión! Después de Auschwitz, símbolo oprobioso de la civilización tecnificada, con «un hueco donde debería estar el corazón» —al decir de Akbar S. Ahmed—, no está permitido entregarse a las efusiones del sentimiento. Y no es, debo advertirlo, el ánimo de los autores; si insisto en recordar el lado oscuro de la técnica, es para destacar la urgencia de la educación crítica y dialógica que la obra en comento integra en coherencia con las demás tesis y recomendaciones prácticas de *La escuela infinita. Aprender y enseñar en entornos ubicuos*.

A su enfoque humanista, los autores suman la fuerza motivadora de la fe en el hombre, que estructura las propuestas sobre el uso de las tecnologías; una fe sin la cual el humanismo educativo no tendría justificación. Esta fe en las posibilidades del ser humano para actualizar su potencial, inscribe la tecnología en un generoso marco de sentido que bien podría ocupar su sitio en una filosofía de la historia. Me explico: la filosofía de la historia busca comprender el fin del proceso histórico, decirnos hacia dónde vamos, si es que efectivamente tenemos un destino como especie. Pues bien, *La escuela infinita...* proporciona claves para tan difícil empresa, vista por los autores como responsabilidad de quienes se asumen como sujetos históricos llamados al ejercicio de su libertad. El hombre libre es quien determina el puerto de llegada; su odisea conduce al destino que va construyendo y entendiendo mejor conforme avanza.

La escuela infinita quiere trascender las limitaciones de la escuela tradicional-moderna, cuya descripción no deja dudas sobre la necesidad de reinventarla, en concordancia con la existencia entendida como proceso hacia la consumación de totalidades concretas, pues el hombre solamente es hombre en el espacio de encuentro y convivencia con sus semejantes. La individualidad plena y la comunidad emergen a partir del «originario ser-con y ser-para los demás» que dijera Karl Jaspers.

Nuestros autores sostienen que la virtualización a partir de este momento comienza a ser materialización de la existencia. Se rompe con la temporalización lineal y, con la ubicuidad, se manifiesta el múltiple desdoblamiento de la existencia para ingresar en los mundos de las personas cercanas y, ¡cosa extraordinaria!, de quienes antes nos eran completamente desconocidas. Esta circunstancia aproxima a los humanos a la comunidad global inclusiva. Y desde esta circunstancia, la escuela infinita labora para adaptarse a la infinitud espacial y temporal de los entornos virtuales. Es el tiempo del Kairós, el tiempo de la crisis que contiene la clave de su propia superación.

Si la escuela infinita tiene un objetivo último, quizá sea el de construir la ciudadanía universal, no como idea platónica hipostasiada, sino como marco comunitario donde los individuos cumplen la aventura de la existencia más plena posible. Esto me lleva a destacar el tema de las resistencias, a fin de mantenernos dentro de un optimismo atemperado por la autocrítica ¿Cuál es la viabilidad de la ciudadanía ubicua tal como la ven los autores? Los atenienses construyeron la ciudadanía de la *polis* en el ágora, donde analizaban, discutían y llegaban a consensos sobre la «cosa pública». En la *poli* universal, el ágora se desplaza al encuentro virtual, donde el diálogo se diversifica en múltiples direcciones y se enriquece con las aportaciones de incontables participantes. Ahora bien, ambas descripciones pueden resultar engañosas: ni el ágora ateniense ni el ágora virtual cumplen su propósito sin interferencias. Así lo entienden los autores de *La escuela infinita...* que no por estar bien pensada, está lista para su actualización. Esto nos recuerda la objeción de Kant al argumento ontológico: no es lo mismo cien táleros pensados que cien táleros reales; los pensados pueden poseer todas las notas esenciales correspondientes, pero solo la existencia les otorga su sitio en el mundo. La reserva expresada por los autores al final de la obra nos alerta sobre el particular; aquí se recuerda la metáfora de Monterroso: al igual que el dinosaurio, la escuela tradicional-moderna puede continuar ahí, «vívita y coleando», cuando despertemos de nuestro sueño. Sin embargo, los autores nos han intimado a otra lectura a través de su énfasis en la dialéctica como explicación del devenir histórico: las cosas no son de una vez para siempre, llegan a ser y siguen cambiando. La dialéctica explica las incesantes transformaciones por la sucesión de síntesis provisionales. Si esto es así, la escuela infinita

se irá actualizando como una función de la realidad política y económica y de la capacidad de la misma escuela infinita, para cumplir con su misión de preparar las condiciones subjetivas del cambio, entre las que destaca, como ya quedó asentado, la sustitución de la episteme instrumentalizada por la episteme al servicio del desarrollo integral de individuos y comunidades.

No se necesita poseer el don de profecía para anticipar la recepción entusiasta de *La escuela infinita. Aprender y enseñar en entornos ubicuos* por parte de los docentes de nuestra América, así como asignarle un sitio prominente de hoy en adelante en la literatura pedagógica de nuestro tiempo.

MARCELO RAMÍREZ RAMÍREZ¹

Xalapa, México, otoño de 2022

La escuela infinita propone bases para un nuevo modelo de escolarización universal y explica cómo aprender y enseñar de forma híbrida en el siglo XXI. Desde planteamientos disruptivos crea su relato a través de seis metáforas claves: la escuela vista como una conversación transmedial, como abundancia, como ubicuidad líquida, como totalidad que integra múltiples relaciones, como espacio invisible y como una comunidad conectada. Este libro aborda varias de las más actuales problemáticas educativas: revela las relaciones entre virtualidad y educación en el cambio de época que vivimos con el tránsito de un mundo físico a uno ubicuo donde se integran lo físico y lo virtual; explica y propone soluciones a algunos de los grandes desafíos que hoy vive la educación; presenta una taxonomía que ayuda a ordenar el caos de las tendencias pedagógicas a partir de identificar enfoques, modelos tecnopedagógicos, modelos y metodologías didácticos y tecnologías; construye un enfoque pedagógico dialéctico que articula aspectos filosóficos, sociológicos y psicológicos sobre el aprendizaje humano; y termina aportando un modelo híbrido de aprendizaje y enseñanza a través del cual cualquier persona o institución interesada puede implementar su propia escuela infinita.